

la sabiduría; *Josué* con el brazo levantado y sosteniendo en alto al Sol y *Sansón* armado de la quijada del asno con que dió muerte á 1,000 filisteos: la Reina *Esther* y la valerosa *Judit*, y los profetas *Isaias* y *Daniel*.

En el centro y delante del gran tabernáculo, levantábase sobre gradas con sus balastrados laterales, la mesa del Cenáculo, al frente de la cual se hallaba Jesucristo en medio de sus apóstoles, figuras todas de madera tallada. Otros altares menores se alzaban á los lados cubriendo los ambones y en ellos brillaban profusamente ricos platos y jarrones de plata cincelada. Los sembrados de todas clases, como los que servían el Viernes de Dolores, plantas y ramos de flores, las doradas naranjas, las aguas de colores y las velas de cera adornadas con banderillas de plata y oro, llenaban los altares y la escalinata del presbiterio sin dejar un sólo espacio libre. Las velas, á millares, se veían simétricamente distribuidas en los altares, gradas y escalinatas, en las molduras del templo, en las numerosas arañas que pendían de las bóvedas y en todos los detalles arquitectónicos de la decoración del monumento, de suerte que una vez encendidas todas las luces, ofrecían un mágico efecto por las numerosas líneas brillantes que determinaban, unas horizontales á diversas alturas, otras verticales á diferentes distancias y otras oblicuas en situación paralela ó en direcciones encontradas, y de todo ese foco deslumbrador salían centelleando encendidos rayos, engendrados por las multiplicadas aguas de colores.

Los altares secundarios del templo hallábanse cubiertos por grandes lienzos, de 10 varas de longitud, bien pintados, los cuales representaban diversos pasajes de la vida de Jesucristo, tales eran: la entrada en Jerusalén, la ciudad de Samaria, el convite del fariseo, la resurrección de Lázaro, los vendedores arrojados del templo, la mujer adúltera, el paralítico de la Piscina, la borrasca del mar, la pesca milagrosa, la Oración del Huerto y el Lavatorio.

El monumento de San Francisco era el tipo de todos los llamados de perspectiva, entre los que se hacían notables los de Regina y San Fernando, así como el elegante de la Profesora el modelo de los de su clase, ó de los que

no poseían la decoración á que me he referido, numerándose entre éstos el de Loreto, que llamaba la atención por el buen gusto de sus adornos, la plata labrada que brillaba en él, y los diversos Pasos de la Pasión, representados en los lugares de los altares secundarios del templo. Había otros que únicamente poseían un sólo lienzo pintado y representaba también un edificio ideal en perspectiva, como los de Santo Domingo y San Agustín, los que, por cierto, eran igualmente muy hermosos.

VIERNES SANTO. Diferenciábase el Viernes del Jueves Santo por las sombras de tristeza que se apoderaban de la ciudad y particularmente de los templos. En estos, no era ya la esplendente luz del día la que alumbraba y hacía brillar tantos primores con que se había rodeado el trono del Altísimo, sino la muy escasa que penetraba por los resquicios de las puertas y por las veladas ventanas, luz que debilitándose más y más, apenas permitía distinguir los desmantelados y enlutados altares, con excepción del mayor que aún conservaba encendidos algunos cirios del monumento. El hermoso cántico de la víspera *gloria in excelsis Deo*, acompañado del alegre repique de las campanas, iba á ser reemplazado por el de las lamentaciones de Jeremías á cuyas frases sólo respondía por la parte exterior del templo el grave y seco sonido de la matraca; así como las ricas vestiduras de gala, propias para celebrar la divina institución de Jesucristo, iban á substituirse con los ornamentos negros de los sacerdotes en señal de duelo por la muerte del Salvador del mundo.

En ningún día como en el del Viernes Santo, la Iglesia católica se presenta más noble y digna patentizando el origen divino de su institución. En ese día, la Iglesia en el acto más sublime de sus ceremonias pide y ruega al Señor, sin excepción alguna, por amigos y enemigos, practicando el ejemplo que le diera el mismo Jesucristo.

Fuera del templo esas sombras de tristeza, hijas del ánimo angustiado, parecía que luchaban aún con la luz del Sol para amortiguar sus esplendores, de ese Sol que se ocultó en un día para no alumbrar, la grande iniquidad llevada á cabo en la cumbre del Calvario.

Como el culto de la Iglesia católica es único, general é invariable, las ceremonias de en-

tonces eran las mismas que las observadas hoy, y sólo su manifestación en las calles y la asistencia de las autoridades civiles á los actos religiosos es lo que ya no existe, razón por la cual sólo me detendré en describir la procesión que á las tres de la tarde salía del templo de Santo Domingo, y era conocida con el nombre del *Santo Entierro*.

Un gentío inmenso, como el de la víspera, llenaba calles y plaza, en la que los mismos matraqueros y vendedores de rosquillas interrumpían el silencio que reinaba en la ciudad por la total ausencia de carruajes y cabalgaduras. Un murmullo que sordamente se levantaba de entre la multitud anunciaba la llegada á la plaza de la procesión que había recorrido ya las calles de la Perpetua y del Reloj.

Abrían la procesión algunos *nazarenos*, que conducían una enorme cruz de madera con incrustaciones de concha y, pendiente de los brazos, la Sábana Santa.

Los *nazarenos* eran los aguadores que el Jueves y Viernes Santos abandonaban sus gorras y mandil de cuero y vestían un traje muy peculiar que consistía en chaqueta y calzón de pana negra hasta la rodilla, encima de otro blanco encarrujado, que caía en forma de volante hasta cerca de los pies desnudos, volante que asomaba con los pliegues en forma de abanico por las aberturas laterales del calzón de pana; terciada al hombro, sobre la chaqueta, llevaban una gran toalla recogida lateralmente en la cintura por medio de un moño de ancho listón negro; un gran escapulario, morado para el Jueves Santo y negro para el Viernes, pendían de los hombros cubriendo pecho y espaldas, y por último, ceñiales la cabeza un pañuelo blanco en varios dobleces. Los nazarenos cargaban á los Santos, regaban de flores las calles, repartían estampas y medidas del Santo Entierro y pregonaban las indulgencias. Iban provistos de una vara larga de madera resistente, en cuya extremidad armaba una horquilla de hierro. Para descansar de su pesada carga, ponían sus varas verticalmente apoyadas en el suelo, á fin de recibir las andas, cuyas varas horizontales encajaban en las expresadas horquillas.

A continuación de la gran cruz con la Sábana Santa, seguían las siguientes imágenes:  
Un Ecce Homo.

San Dimas crucificado.

El Señor de las Tres Caídas y Simón Cirineo.

El hermoso Señor de la Expiración.

Nuestra Señora de la Piedad bajo de palio.

San Miguel vestido de negro con gran pluma en la diadema, empuñando en la diestra un estandarte, negro también como la pluma.

El Santo Entierro, cuya pesada urna era conducida por los nazarenos del gremio de los cocheros.

Los marcos que ceñían por todos lados los hermosos cristales que dejaban ver la imagen de Jesús en su lecho de muerte eran de plata y artísticamente trabajados á cincel; unos preciosos ángeles del mismo metal daban feliz remate á la urna en sus esquinas y adornaban ésta, por último, flores con profusión, almendras de cristal y hermosos penachos de hilos de vidrio de diversos colores. Al ser trasladada la pesada urna de un lugar á otro, aquellos penachos adquirían el gracioso movimiento de las palmeras agitadas por el viento.

Al ruido de las matracas, al murmullo de la multitud y á los gritos de los vendedores, mezclábanse el sonido que producía el choque de las almendras contra los cristales de la urna, las melancólicas melodías de dos flautas, cuyos tocadores caminaban ocultos debajo de las elevadas andas del Santo Entierro, el sonido sordo de los tambores de la tropa que marchaba detrás de la procesión y la voz de los nazarenos que pregonaban la remisión de culpas, concedida por la Iglesia, diciendo á cada paso: *hincándose de rodillas delante de este divino Señor se ganan doscientos días de indulgencia*.

A continuación seguía la Virgen de la Soledad.

Gran bandera negra con cruz blanca conducida por un religioso.

Padres dominicos.

El Excmo. Ayuntamiento de la capital bajo sus mazas.

Compañía de tropa con su banda correspondiente. Los soldados marchaban lentamente al son pausado de los tambores á la sordina, y todos llevaban un pequeño escapulario sobre el pecho y el chacó á la espalda, pendiente del cuello por unos cordones.

La procesión daba vuelta por la plaza, en-

traba en la Catedral por la puerta oriental del frente, recorría la nave procesional y salía por la puerta correspondiente de las Escalerillas, torcía al Occidente y luego al Norte por las calles de Santo Domingo para regresar á su templo.

Muchas veces esta procesión se encontraba en la plaza con otra idéntica, aunque de menor importancia, que salía de Santiago ó de la Parroquia de Santa Ana.

SÁBADO DE GLORIA. Muy de mañana andaban los juderos y particularmente los de las matracas y mamones, ofreciendo sus mercancías á vil precio. Las tocinerías, pulquerías y vinaterías, tenían sus puertas entornadas, pu-



SABADO DE GLORIA.—LOS JUDAS.

diendo observarse á favor de esta circunstancia el interior de dichas casas. En las primeras veíanse en los esqueletos de madera millares de jabones dorados y plateados, en grupos y en distintas posiciones combinados, formando figuras y labores caprichosas; los pilones de manteca en aljofainas de hojadelata, mostraban en la superficie adornos también de plata y oro, y en la cúspide un ramito de flores, y la carne de cerdo pendiente del garabato ostentaba adornos de flores y oro volador. Las pulquerías tenían ya las tinas pintadas de nuevo por fuera y bien fregadas por dentro, listas ya para recibir el blanco *neutli*, cuyo bautismo no tenía verificativo, como hoy, en la misma ciudad de los palacios, sino en los

pozos de Guadalupe, Zacoalco y Santa Clara Cuautitla; lavados estaban el mostrador y los aparadores, en los que lucían vasos enormes de vidrio, manojos de apio y cerros de tuna colorada, *para curar el pulque* tan pronto como fuese recibido; las paredes, enfloradas y adornadas con picados papeles de colores, y las puertas con enramadas de sauz. En las vinaterías las *piqueras* (armazón semicircular de madera con enrejado de metal exteriormente, colocado en un extremo del mostrador) bien provistas de botellones llenos de aguardiente de caña, jarabe, mistelas y diversos licores.

Hay que advertir, lector amigo, que en aquel entonces, los decentes tomaban sus co-

pititas en las pastelerías francesas como la de Plaisant, en la calle de Plateros y en las llamadas sociedades como la del Progreso, Gran Sociedad y Bella Unión, pues las vinaterías eran las cantinas de los borrachitos de frazada, quienes se conformaban con gastar sus cuartillas de *chinguirito* refino, de *mistela*, de *arriba y abajo* ó alcohol rebajado, de *brinquitos* ó mezcla de cuatro licores, *re con li*, *re con ca* ó *re con na* ó sean refino con lima, refino con canela ó refino con naranja.

También los panaderos tomaban muy directa participación en el contento general. Las azoteas de las panaderías veíanse coronadas de gente enharinada esperando el repique de la Catedral para prender los judas que yacían

colgados de unas sogas atravesadas en las calles, y los cuales judas tenían unos sacos llenos de pan y aun algunas tripas con aguardiente en las manos, alicientes que atraían al lugar mucha gente del pueblo.

En las carrocerías y en muchas casas particulares, uncidas estaban ya las mulas y caballos á los carruajes y listos los cocheros para hacer partir éstos á las primeras campanadas de la gloria; por último, en las garitas esperaban igualmente para el mismo intento las mulas y los carros de pulques, unas y otros enflorados.

Poco antes de las diez el sonoro repique de la Catedral y los estampidos de la artillería avisaban á la población que el oficiante de la hermosa basílica había entonado ya el *gloria*

versas calles aturdiendo á los vecinos con sus alegres dianas, y en las esquinas los muchachos con largas cuerdas prevenidos echábanles manganas á los perros que corrían despavoridos á causa de los truenos, y hacíanles dar dos ó tres saltos mortales por el aire. Algunas veces esos pobres animales corrían, desafortadamente, azuzados por una lata vieja de sardinas amarrada de la cola. La algazara de los muchachos en los lugares en que se quemaban los judas, disputándose el armazón de éstos, aumentaba el barullo del momento y causaba la hilaridad de miles de espectadores que había en las puertas y balcones de las casas.

Repentinamente distinguíanse grandes manchones negros que se movían por el pavimento de una calle, los que no eran otra cosa



TRAVESURAS DEL SABADO DE GLORIA.

*in excelsis Deo*, anunciando la resurrección gloriosa del Señor.

En esos momentos la expansión de alegría que estallaba en la población no reconocía límites. A los repiques de la Catedral contestaban los de los demás templos de la ciudad, y á los estallidos del cañón los truenos de los judas que ardían en casi todas las calles de la ciudad. Enarbolábase el pabellón, que hasta entonces había permanecido á media asta, en los edificios del gobierno nacional y en la Catedral. Las plazas y las calles instantáneamente se veían recorridas por cabalgaduras de todas clases, por los carruajes y por los enflorados carros y mulas del pulque que hacían su entrada triunfal; las bandas de los cuerpos partían de la plaza y se dispersaban por di-

que parvadas de pavos, presuntas víctimas de la voracidad humana que venían dando brinquitos al ser ligeramente tocados con el látigo del conductor para que no se desviasen del camino. Entonces podías ver, caro lector, en alguna esquina cómo una de esas parvadas se detenía, remolinándose, en tanto que una cocinera, una ama de llaves ó algún pinche de cocina, cogía por los pies á unas de esas aves destinadas al sacrificio y poniendo la cabeza abajo le tomaba el peso, porque has de saber, mi buen lector, que tanto en la Pascua de Resurrección como en la de Navidad, estos pobres animales son, como se dice vulgarmente, los que pagan el pato y así hoy los verás, como se han visto siempre en las buenas mesas, bien desplumados y muy dorados al horno,

con el pescuezo retorcido y el pico encajado en un alón, ó destrozados, asomando las blancas pechugas entre el rojo chilazo del mole.

En determinadas circunstancias, existen algunos puntos de semejanza entre los humanos y esos pobres animales, siendo los principales: 1º, el nombre de guajolotes con que se designa á los honrados; 2º, los brinquitos que los hombres suelen dar en la vida azotados por el látigo de la suerte, y 3º, ser algunos pasto de la voracidad de los envidiosos y malquerientes, con sólo la diferencia de que éstos no se comen á sus semejantes muertos, sino vivos.

A poco veíase mover la compacta multitud con dirección al templo de Santo Domingo, para presenciar la procesión que salía de él para conducir el Santo Entierro al templo de la Concepción. Los derechos de propiedad á esa imagen correspondían por igual á una monja Concepcionista y á un hermano de ésta, religioso dominico; y por tanto, disputábanse ambos su posesión, hasta que convinieron en que permaneciese el Santo la mayor parte del año en el templo de la Concepción y durante la Cuaresma en el de Santo Domingo, al que era conducido el martes de Carnaval. Este fué el origen de la práctica observada por muchos años acerca de las sucesivas translaciones del Santo Entierro de uno á otro templo.

La plaza de Santo Domingo adquiría el sábado de Gloria el mismo aspecto general de la Plaza principal en los días anteriores, y en ella encontraban su último refugio los mamoneros, así como las expendedoras de cacao en el portal, célebre ya, por haber dado abrigo desde tiempo inmemorial á los célebres *Evangelistas*, de los que te hablé, querido lector, en otra ocasión.

La translación en la noche, del Santísimo Sacramento, de la Casa Antigua de Ejercicios (hoy Hotel Colón) de la Profesa al templo, era en aquellos tiempos uno de los actos más grandiosos que en sus anales registran los felipenses, como grandiosa y patética sigue sien-

do la ceremonia, con la única diferencia de que la procesión para conducir á su Divina Majestad, de la capilla de Guadalupe á su Sagrario, sólo se efectúa bajo las bóvedas de la Iglesia. El rezo que precede al acto, se hace hallándose el templo casi á oscuras, pero al terminar aquél, como por encantamiento, se convierte éste en un inmeso foco de luz. Las arañas suspendidas de los elevados arcos, y todos los objetos de metal, como los bruñidos dorados de los altares y cornisas que por todas partes reflejan los rayos luminosos de millares de bujías, presentan puntos brillantes, como en el cielo las estrellas, pues tal parece que el firmamento en tales momentos, apartando las bóvedas del templo, aparece allí para contribuir con sus grandezas á la majestad del acto. Todos los asistentes, con velas encendidas, se colocan en dos alas formando calles en las distintas naves del templo. El canto lejano de los sacerdotes anuncia que organizada la procesión se ha puesto en movimiento, y á poco aparecen los acólitos, niños lujosamente vestidos, pertenecientes á familias principales de la Capital, unos derramando flores y otros conduciendo la cruz alta y los ciriales y manejando con gallardía los incensarios, siguen después el sacerdote que revelan en su semblante una conciencia tranquila y, á lo último y bajo un soberbio palio de seda recamada de oro, cuyas varas son conducidas por caballeros, el sacerdote que revestido de rica capa pluvial lleva en sus manos al Santísimo. En esos momentos escúchase el marcial ritmo de una marcha triunfal ejecutada por la buena música que sigue á la procesión, y luego los bellísimos acordes de celestiales himnos, que tal parecen, por su grandiosidad, los ejecutados por una soberbia orquesta en el coro. Terminada la procesión y después de los cánticos de costumbre, el oficiante da á los concurrentes la bendición con la sagrada forma, cerrando la Profesa en tal momento, con llave de oro, las augustas ceremonias de la Semana Santa.



## IV

## HECHOS MEMORABLES ACAECIDOS DURANTE LAS SEMANAS SANTAS DE 1850 Y 1857.

EL asesinato horroroso perpetrado en la persona del anciano Don Juan de Dios Cañedo, uno de los hombres prominentes del partido liberal y representante en el Congreso Nacional por el Estado de Jalisco, llenó de consternación al vecindario de la Capital. Era la noche del Jueves Santo, 28 de Marzo de 1850. El Sr. Cañedo, con motivo de la licencia que concediera á su criado para pasear, hallábase solo en su cuarto número 38 del Hotel de la Gran Sociedad, sin más luz que la producida por los pálidos reflejos de la luna, que penetraban por el único balcón de la estancia. El asesino, dejando en los corredores del hotel á sus dos cómplices, penetró en el cuarto, y dirigiéndose inmediatamente al Sr. Cañedo, que se hallaba sentado en el sofá, se apresuró á manifestar, de obra y de palabra, sus perversos designios. Ya en pie, el Sr. Cañedo, dió voces pidiendo auxilio, no obstante los esfuerzos de José María Avilés, que tal era el nombre del malvado, para que callase, entablándose á poco una lucha horripilante entre la víctima y el verdugo, aquélla dando vueltas en torno de una mesa redonda poniéndola de escudo, y éste asestando sin compasión con un cuchillo que días antes había mandado afilar, herida tras de herida, cuantas veces el indefenso anciano se ponía al alcance de su mano. Por fin cayó en tierra la víctima y el asesino, ciego de furor, acabó de rematarla con más certeros cuanto cobardes golpes, completando con ellos el número de 31 puñaladas, todas inferidas, con excepción de una, en el costado derecho y en la espalda. El reloj de bolsa del infortunado Cañedo, una capa con que salió disfrazado el asesino, una corbata y algunas camisas, fueron el precio de crimen tan espantoso, uno de aquellos que

sólo pueden llevar á cabo hombres en quienes no han existido los principios de la moral cristiana ó que los han echado en olvido, inducidos por la corrupción y los vicios.

El robo fué meditado por Rafael Negrete, criado de otra persona que habitaba el hotel, atraído por el cebo que le ofrecieran 3,000 pesos que vió introducir en el cuarto del Sr. Cañedo y que no vió salir. La idea fué comunicada á José María Avilés por medio de otro criado de nombre Clemente Villalpando. Los cómplices que habían permanecido de vigilantes en el corredor, huyeron al escuchar la fatídica voz de *lo maté*. El crimen no fué descubierto sino después de las diez de la noche, hora en que regresó de su paseo el criado del Sr. Cañedo. La policía, á pesar de la actividad que desplegó en aquellos momentos, no pudo descubrir al asesino ni á sus cómplices, quienes permanecieron algunos días ocultos en la ciudad y luego se ausentaron de ella, dirigiéndose Avilés á Temascaltepec, dejando en los empeños los objetos robados.

La maledicencia, siempre dispuesta para vulnerar la honra de los individuos, atribuyó el nefando crimen á venganzas políticas señalando como autor de tan vil acción al mismo Presidente de la República, cuya honorabilidad, universalmente reconocida, fué el poderoso escudo contra el que se estrelló la calumnia.

Aprehendido tres meses después José María Avilés en Temascaltepec y confeso de su delito, fué conducido á México, en donde, juntamente con sus cómplices, se le substanció la correspondiente causa. El 29 de Octubre el Juez Don Mariano Contreras sentenció á Avilés y á Negrete á sufrir en la horca la última pena, debiendo ser ejecutada al pie del balcón